

AGRICULTURA E ILUSTRACION

Al comienzo de los años 60, una familia de monseñor Añoveros, a la sazón obispo de Cádiz, desencadenó una agria polémica agraria en Andalucía. Dos escritores labradores, Manuel Halcón y José de las Cuevas, salieron en defensa de sus intereses, que eran los de la clase propietaria, con argumentos distintos, pero convergentes. Halcón, si mal no recuerdo, pulsaba la cuerda sentimental de la viuda hacendada que ha de sacar sus hijos adelante con las rentas del campo; De las Cuevas, en cambio, adujo unos razonamientos técnicos que años más tarde, con pocas variantes, he podido escuchar a agrónomos tan poco sospechosos como René Dumont.

La causa de la «contrarreforma agraria» sufrió un rudo golpe al caer fulminado uno de sus paladines por una embolia en la Venta de Vargas. Si esto fue designio de la Providencia, afanada entonces en los preparativos del segundo Concilio Vaticano, doctores tiene la Iglesia, entre ellos monseñor Añoveros. Poco después, un amigo común, Juan Antonio Campuzano, recibía de un camarero de la famosa Venta la siguiente explicación:

—Pues mire usted. Don José estaba ahí sentado con unos señores, y de pronto empezó a echar baba y más baba, y más baba, y hubo que avisar al general de La Carraca.

El almirante Gener Cuadrado, destinado en el Arsenal, mandó, en efecto, un autogiro para el traslado del enfermo al Hospital Naval de Rota. José de las Cuevas salvó la vida, pero la causa del campo perdió uno de sus campeones más sagaces y Andalucía uno de sus escritores más cultos, poderosos y apasionados.

Ha pasado el tiempo. Los hijos de las viudas latifundistas deben de haber alcanzado la mayoría de edad y es de esperar que la de saber y gobierno, y en el interim, monseñor Añoveros saltó de Cádiz a Bilbao, como quien dice a las antipodas, con sus homilias en la recámara. En el campo andaluz han entrado a saco la literatura y el cine; muchos señoritos han abierto los ojos al socialismo y muchos desertores del arado cantan flamenco al nuevo y rentable son que les tocan los señoritos socialistas. En la trillada era de la literatura agraria, conviene, de vez en cuando, meter el bieldo y limpiar la parva, y el grano que queda es el de aquellos libros en los que late, sobre todo, el amor a la tierra y a los hombres que la trabajan. La paja es arbitrio, estadística y lucha de clases, que en el aire político tiene mucho vuelo, pero muy poco peso en la era del arte. La lucha de clases, como he escrito en otra parte, es un mal social como lo es la prostitución, y reducir a ella las relaciones humanas es como reducir un hecho histórico, como se ha hecho mucho desde Genêt hasta Celia, al microcosmos de un burdel. La lucha de clases está además llena de argumentos que pueden y suelen dispararse por la culata. Cipriano Rivas Cherif, el cuñado, secretario y biógrafo de Azaña, era propietario de un castillo y unas tierras en un pueblo de Castilla llamado Villalba de los Alcores. Al concluir la guerra, como es sabido, Rivas Cherif fue, como tantos, condenado a muerte, preso e indultado, marchando seguidamente a Méjico, donde muchos años después moriría de muerte natural. El castillo y las tierras quedaron en poder de un labriego del lugar, que trabajó las tierras y transformó el castillo en casa de labor. Pasaron los años, y uno de los hijos de Cipriano, el ensayista y poeta «trasterrado» Enrique de Rivas, volvió al pueblo castellano con la ilusión de rescatar las tierras y el castillo que seguían siendo de su propiedad. El colono dijo que nones y se emboscó en unos zarzales jurídicos en los que a la postre, aferrado a figuras del código burgués como la posesión ininterrumpida, las transformaciones efectuadas y demás, imperaría el principio frentepopulista de que la tierra es para el que la trabaja. Puede que esto no hubiera pasado de haber ganado la República, aunque sólo fuera porque el propietario legítimo era cuñado del Presidente.

Traigo este apólogo a colación para que se vea que en el campo el bien y el mal tampoco están ideológicamente repartidos. Hay veces que el malo es el de abajo: en este caso el aparcerero o arrendatario que, aprovechándose del absentismo forzoso del propietario, ocupó el castillo, lo transformó en majada o lo que fuera y se negó, al amparo de la ley, a restituirlo a su dueño legítimo. Compañero de destierro en Méjico de Rivas Cherif fue el poeta Manuel Altolaguirre quien, al preguntarle una señora que porqué de pronto había en Méjico tantos españoles, contestó:

—Señora, porque en España ha habido una guerra y hemos perdido los conservadores.

El episodio de Rivas Cherif y la salida de Altolaguirre, encierran más verdad sobre la historia española que todo cuanto se ha escrito desde el exterior y deshacen toda la nomenclatura típica de la mayoría de los historiadores. El caso es que el bando vencedor, tachado de reaccionario y autodenominado tradicionalista, acabaría por llevar a cabo la revolución social y económica que el pueblo bajo había exigido por las bravas en 1936. Naturalmente, esa revolución que, mientras fue bien, tan contestos tuvo a sus directos beneficiarios, fue acogida con grandes reservas por los «conservadores» que habían perdido la guerra y por los que en ese punto y en otros concomitantes, nos identificábamos con ellos. Esa revolución, que acabaría transformando al país y que sería y es injusto condenar en bloque, supuso la electrodomesticación de las masas e impuso la dictadura de la alpargata —previa conversión de ésta en cochecito utilitario—, pero al descuidar la *ilustración*, hizo con demasiada frecuencia caso omiso de la tradición, es decir, de la naturaleza y de la historia. El aspecto actual de muchas ciudades y de muchos campos justifican, o por lo menos explican, las reservas de los *conservadores* que perdieron la guerra civil y de los *ilustrados* que la ganamos. En despotismo parece ser que rayamos a cierta altura, pero en punto a *ilustración*, fuimos, en palabras recientes de persona muy allegada al déspota, «muy normalitos». El déspota anterior, en cambio, depuesto por este *manu militari*, era *ilustrado* en grado superlativo. Lo malo fue que se le ocurrió combinar el despotismo *ilustrado* con la soberanía popular y, claro, la mezcla resultó altamente explosiva. En su breviarío de aforismos, de título casi calderoniano, *De l'inconvénient d'être né*, da E. M. Cioran la siguiente descripción del *despotismo ilustrado*: «Único régimen que puede seducir a un espíritu de vuelta de todo, incapaz de ser cómplice de las revoluciones, puesto que no lo es ni siquiera de la Historia.» Uno de los enigmas de nuestro déspota *ilustrado* es que, estando de vuelta, entre otras cosas, del Partido Reformista, donde, al parecer, se leía mucho a Costa, hubiera sucumbido a unas complicidades históricas de consecuencias más que funestas.

Y así ocurrió, como tenía que ocurrir, que la revolución que no llegó a hacer el déspota *ilustrado*, acabó por hacerla el déspota normalito. Como es lógico, la revolución esta no nos podía convencer a los que tenemos sumo cuidado en no mezclar el despotismo *ilustrado* con la soberanía popular. En otro lugar he llamado «materialismo orgánico» a la síntesis de las dos fuerzas, en apariencia contrarias, en realidad convergentes, en que se asentaba lo que ya podemos llamar el «antiguo régimen». No voy aquí a establecer analogías, sino a sacar todo el partido posible del nuevo vocabulario, tratando, por supuesto de aclararlo. Para mí, pues, la soberanía popular es el ejercicio por el pueblo de su real gana y quien desee ampliaciones y ejemplos, que se relea las páginas que a tema tan llano de derecho político dedica el maestro Galdós en el episodio de *La Revolución de julio*. Toda revolución hace estragos y de los estragos de la revolución de que hablo —no de la que habla Galdós— no es ciertamente el pueblo soberano

quien tiene derecho a quejarse, sino los que, por nuestro apego al despotismo *ilustrado*, o a la *ilustración pura* y simple, no tenemos por qué considerarnos cómplices de la Historia.

A mí no me gusta hablar de las cosas que no tienen remedio; entre otras cosas lo encuentro de mal gusto y además, como no me duelen prendas, estimo que los agravios que podamos tener los *ilustrados* no tienen la menor importancia frente a los que pudiere tener el pueblo soberano. Pero hay uno que nos afecta a unos y a otros y que además podría tener remedio. Se trata de la cuestión agraria. Y el agravio consiste en una planificación industrial «alla garibaldina», como decimos en Italia, que ha relegado a un segundo plano a la agricultura y provocado una emigración de la población rural a unos suburbios infrahumanos. Muchos, la mayoría, de los propietarios, han visto en esto únicamente una carestía de mano de obra; otros, los menos, han visto además un salto, hacia abajo por supuesto, de calidad de la vida. Para aquellos, la tierra y el hombre son pura y simplemente objetos de explotación; para éstos, ecólogos *avant la lettre*, el hombre y la tierra constituyen un medio ambiente capaz de crear, como ha creado, una cultura propia. ¿Es preciso llamar *ilustrados* a estos latifundistas? Pues si lo es, también son *ilustrados* a su modo los jornaleros que por amor a una tierra que ni siquiera es suya se han negado a disolverse en la masa siniestra de un suburbio industrial. Yo, que vivo en el campo, conozco a más de uno de éstos, y, como además cultivo la *ilustración*, también conozco a alguno de aquéllos. Y los conozco más que nada porque con ellos tengo en común, ya que no, por desgracia, una cantidad respetable de fanegas o aranzadas, la funesta manía de escribir. Al principio hablé de Manuel Halcón y de José de las Cuevas; junto a estos nombres

quiero poner los del hermano de este último, Jesús, y los de José Antonio Muñoz Rojas y Bernardo Víctor Carande. No conozco otra especie mejor de terrateniente *ilustrado* ni he leído sobre el campo más literatura de calidad que la suya. En libros como *Los recuerdos de Fernando Villalón*, *Las cosas del campo* o *Historia de una finca*, hay amor a la tierra y al hombre que la trabaja con amor, porque hay un conocimiento y una experiencia directas de la una y el otro: Conservadores todos ellos en el mejor sentido de la palabra, pues si Andalucía tiene una elegancia y un estilo se lo debe a su modo *ilustrado* de entender la tradición, yo diría más, y es que a juzgar por sus libros, si estos hombres ricos son en el fondo de un partido, lo son, como de sí mismo decía ingenuamente, tiernamente, Federico García Lorca, del partido de los pobres, pero de los pobres buenos. Yo hablo de estos hombres en cuanto cultivadores del espíritu; en cuanto cultivadores de la tierra, que hablen por ellos sus jornaleros, ante cuya cultura me inclino, pues tan culto es quien cultiva la tierra como quien cultiva el espíritu.

Punto y aparte merece Bernardo Víctor Carande, labrador de sus dehesas extremeñas desde que se licenció en Letras y escritor de vocación tenaz y singular fortuna. Y si lo merece es porque la *ilustración agraria*, que también a él le viene de casta, es en él, «progresista», mientras que en los otros es, digamos, «moderada». Por todos estos escritores son familias enteras las que hablan —*Historias de familia* se titula un libro de Muñoz Rojas—, pues con las fincas han heredado las leyendas. Más de un cortijo hay que es en parte archivo y en parte museo romántico. Bernardo Víctor tiene, además, un padre que es las dos cosas a la vez. Nadie disputará su *ilustración* al historiador de los Fugger, o de los Fúcar, como dice

Cervantes; nadie tampoco le va a disputar su despotismo, del que puedo dar testimonio como alumno suyo en la cátedra de Economía Política. Con el fabuloso conde de Saint-Germain lo identifica Caro Baroja, para explicarse su ciencia histórica, más vividora que erudición. Pero donde más brilla el mágico conde es en el Siglo de las Luces y es en ese siglo donde arranca precisamente el linaje espiritual de los Carande. Toda una galería de amigos del país, de ilustrados, de afrancesados, de doceañistas, de ruiz-zorrillistas por último, desengañados de la realidad histórica, se refugian en la Naturaleza —Mendizábal *aidant*— y empiezan ahora a contarnos sus vidas en forma de novela.

Yo creí honradamente, y honradamente lo confieso, que *Suroeste*, la primera novela publicada de Bernardo V. Carande, era en realidad una novela que don Ramón había empezado a escribir en su juventud, cuyo manuscrito había aparecido por algún lado y que el hijo lo había recogido para ponerlo al día y darle forma publicable. Mis razones eran que el autor demostraba en el plan de la obra y en las citas que, a la manera stendhaliana, encabezaban los capítulos, un conocimiento nada común y una visión muy concreta de las ideas históricas tejidas en el cañamazo de la acción. Otra razón era la desigual calidad estilística de los capítulos; los buenos se los atribuía, con probabilidad gratuitamente, al padre, y los malos, o que tal me parecían, al hijo. Resabios de paternalismo, qué le vamos a hacer, que es otra de las notas de la Ilustración. Luego salió *Don Manuel o la agricultura*, donde hay firmeza de pulso y unidad de estilo.

Todo hombre de campo, todo agricultor, tiene un talante conservador. Y este conservadurismo de talante se corresponde, en los casos que nos ocu-

pan, con un conservadurismo de estilo. Cuando se lee a Halcón o a los Cuevas, se piensa mucho en Valera, en Coloma, en Alarcón; leyendo a Carande, algún crítico ha pensado en Azorín, y, a mi juicio, se ha quedado corto, creyendo sin duda haberse pasado de raya. No hay que intimidarse ante los prejuicios en boga. Yo, que sigo creyendo que *La voluntad*, de Azorín, es una de las novelas cimeras de nuestra época, pienso que es en lo que hay detrás de ella en el pensamiento y delante, por tanto, en el tiempo, donde hay que rastrear el conservadurismo ideológico y estilístico de Carande. Hay que pensar en Ganivet y, sobre todo, hay que pensar en Costa, y, ¿por qué no?, en Macías Picavea. Ya sé lo comprometido que es evocar estos nombres ahora que estrenamos vida parlamentaria; más que comprometido, se me antoja prematuro, pero para eso estamos los intelectuales, para hablar de las cosas antes de que sean del dominio público. Y mucho me temo que del dominio público van a ser estos nombres cuando los sindicatos, que ya han puesto manos a ello, le hagan la vida imposible al Parlamento. De todos modos, lo que hay en el protagonismo republicano del libro de Carande, en realidad su abuelo, es una resignación ante «el gobierno y dirección de los mejores por los peores; violación torpe de la ley natural, que mantiene lejos de la cabeza, fuera de todo estado mayor, confundida y diluida en la masa del *servum pecus*, la *élite* intelectual y moral del país...». Esta resignación le hace acatar la Monarquía que le permite vivir de su bufete y de sus rentas, y tratar y ser tratado con urbanidad. Su actuación política se reducirá a mantener una correspondencia inocua con el jefe político destruido en Francia y a hacer solemne protesta de sus ideas en el Gobierno Civil al producirse en Madrid la intentona de Villacampa. El funcionario de servicio toma nota de la protesta y saluda cortésmente al protestante, que se despide con igual cortesía. Sólo tiene un momento agrio y violento esta novela, escrita con tan buenos modales, y es cuando don Manuel expulsa al cura de la alcoba de su esposa agonizante. Este probable beneficiario de la Desamortización, que ha pactado con tantas cosas, no pacta con la Iglesia.

Pero hay algo más profundo, y es que este lector seguro de Jovellanos, probable corresponsal de Costa, vuelve los ojos a la agricultura y busca en ella las raíces de la patria. Del mismo modo que, a su juicio, si es que es el mismo que el de Costa, con la Restauración ha habido una inversión de minorías dirigentes, también ha habido una alteración del orden de prioridades en cuanto a regeneración. Don Manuel, digámoslo de una vez, es regeneracionista, sólo que se da cuenta de que para regenerar la historia hay que regenerar antes la Naturaleza en que ésta se desenvuelve y de la que ésta se sustenta.

En la España de hoy, hay mucho que reformar, pero también hay mucho que regenerar. «Reforma agraria» es un sintagma de mal agüero. En Méjico dio vía libre a la especulación con los ejidos comunales; en Italia provocó la despoblación del campo; en Rusia, por el contrario, a través del sistema de *koljoses* y *sovjoses*, reintrodujo la servidumbre de la gleba, abolida por Alejandro II, con todos sus inconvenientes y ninguna de sus ventajas. En España, en tiempos del déspota ilustrado, consistió en ocupaciones de fincas y desocupaciones a tiros y, en tiempos del déspota normalito, ICONA e IRYDA, a quienes hay que reconocer algún mérito, han hecho de todo, con lo que queda dicho bastante. Por tanto, más que de reforma agraria, yo hablaría ahora de regeneración rural, y en este punto tienen más autoridad ciertos empresarios agrícolas ilustrados que todos los tecnócratas de la Administración. Son gente que puede predicar con el ejemplo, y el Estado, si tiene ojos, que vea lo que hacen y que lea lo que escriben.

